

EL OFICIO

JOSÉ CABEZA
jose.cabeza@urjc.es

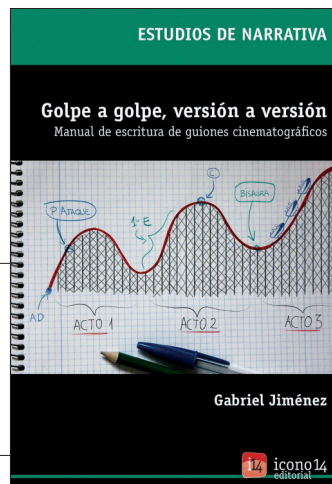
Golpe a golpe. Versión a versión

Gabriel Jiménez

Estudios de narrativa. Icono 14 editorial

ISBN: 978-84-940289-8-4

Madrid, 2012. 260 páginas



Es difícil escribir un manual de guión, sea confeso o enmascarado, es decir, tenga el nombre o el aspecto de un manual o sea una aproximación personal a cómo se escribe un guión. La dificultad reside en que no se puede enseñar a hacer un guión (aunque muchos lo pretenden), sino que se enseña un oficio. El guión que hará el futuro guionista nadie lo sabe, y el libro poco puede ayudar ahí, pero lo que sí puede hacer es marcar actitudes del que escribe, pautas de trabajo y peligros del proceso. Es decir, enseñar el oficio. Hay diferentes modelos de libros de guión. Tenemos los clásicos, aquéllos que parece que venden la fórmula de la Coca-Cola y que se invisten de cierta aura de ser 'la referencia' (Syd Field, John Truby, Robert McKee, Linda Seger), beneficiados por su condición de anglosajones y, por lo tanto, automáticamente universales. Estos gurús, que muchas veces hacen botín con seminarios relámpagos por todo el mundo, se imponen ser originales, distanciarse de los otros. El hecho de que en los años setenta Syd Field quisiera registrar como propio el concepto de *plot point* (punto de giro), que no es otra cosa que la división clara y diáfana entre medio, principio y fin que exigía Aristóteles en la Poética, relata un poco la batalla ridícula por ser El Libro. Todos los gurús escriben con la contundencia del cocinero que publica una serie de recetas, y asegura que los platos así hechos siempre serán maravillosos. El guión, guste o no, no es lo mismo que una tortilla de patatas. Así que el resultado es bastante más incierto. Luego tenemos libros más humildes, que no peores, que buscan poner un poco de orden a las diferentes teorías de guión (concepto un tanto ampuloso), y que intentan sumar lo esencial de todos sin marginar a ninguno, sin pensar en ellos y sí en el que lee (Sánchez-Escalonilla). También existen los textos de los buenos o grandes escritores y guionistas que huyen del formato clásico de explicar

Referenciar como: Cabeza, J. (2013). El oficio. *index.comunicación*, 3(1), 291-293. Recuperado de <http://journals.sfu.ca/indexcomunicacion/index.php/indexcomunicacion/article/view/82/71>

el número de actos, la creación de los personajes o la forma de orientar los conflictos. Estos autores (Jean-Claude Carrière, Alonso de Santos) no se sienten atados por una necesaria estructura para ayudar al lector y optan por un estilo más impresionista, de pinceladas dispersas y estilo libre para intentar traducir el momento creativo a algo tan poco creativo, *a priori*, como un manual. *Golpe a golpe. Versión a versión* tiene un poco de todas las categorías. Ofrece su propia fórmula de la Coca-Cola, la que le funcionó al autor. Propone un modelo en nueve puntos-actos-etapas, lo cual hace que cada 10 o 15 minutos dé pistas para mantener la tensión dramática y eso, al menos al empezar a escribir, es mucho mejor y ahoga menos al joven guionista que enfrentarse a la sencillez de los tres actos y al abismo que hay entre ellos.

En cuanto a su parte de libro que no lucha por ser original, sino por acompañar como se debe al que empieza a escribir, *Golpe a Golpe* aporta una lista de preguntas que pueden llegar a desatascar un guión o a atascarlo, lo cual indica que hay un problema y también es digno de ser celebrado, a pesar de que signifique más trabajo. También incluyo en esta parte las indicaciones sobre el formato de cómo escribir el guión literario: breves, concretas y claras. Como tienen que ser. Es cierto, que para formar parte de esta categoría, el autor vuela en exceso por algunos conceptos básicos, lo cual lo hace complicado y confuso como primera lectura y absolutamente imprescindible como segunda.

Y, al final, la última categoría. La que más ilumina todo. Gabriel Jiménez escribe guiones, y se nota. No es lo mismo contar una guerra cuando estuviste en la trinchera, lleno de lodo, esperanzas y problemas, a cuando no estuviste en ella. La diferencia se aprecia en momentos, detalles y sensaciones. Suficiente para darle valor. Y también en que este manual incluye un guión terminado (*The beauty and the priest*), producto de un master en California y ganador de un concurso de una cadena de televisión. Lamentablemente, no tuvo la suerte de la que gozó, por ejemplo, el fantástico *Nueve reinas*, (Fabián Bielinsky, 2000) que sí que llegó a hacerse después de que Patagonik lo eligiera entre muchos. El autor de bestsellers John Irving (*Mis líos con el cine*) cuenta que ha visto muy buenos guiones que sabe que nunca serán películas. Éste puede ser uno de esos casos.

The beauty and the priest es una buena comedia, pero su utilidad aquí no está tanto en que sea buena o mala, sino en que podemos ver su construcción, lo que nunca se enseña: el proceso, las decisiones, las disyuntivas y la evolución. Es decir, todo lo sucio e imperfecto que hay detrás de esos guiones que a veces se editan inmaculados, como si hubiera surgido de una sentada o, lo que es más romántico aún, por efecto de las musas. Gabriel Jiménez cuenta lo que hizo y, sobre todo, lo que deshizo. Al final, escribir no es más que ir por el único camino

posible por el que la idea puede alcanzar su esplendor, pero para conseguir ese camino de baldosas amarillas hay que explorar también los otros: ir acotando, equivocándose, probando. Quizás, visto así, el guión parece más un remiendo, un Frankenstein literario, hecho de los trozos que se salvaron de cada corrección. Es como tiene que ser para que fluya, para que sea una buena historia.

Golpe a golpe también tiene algo muy bueno para el joven guionista: desromantiza al guionista solitario y bohemio que sólo cuenta con él mismo. La parte de la reescritura de este manual es, sin duda, la más rica e interesante, y en ella cuenta mucho la ayuda de otros: la actitud del crítico amigo, las etapas de Kubler-Ross, la tipología de críticas comparadas con heridas leves, graves y mortales... Todo llama al guionista a aprender a escuchar de forma selectiva, pero a escuchar. El que escribe está solo al enfrentarse al vértigo de la página en blanco, pero tiene que aprender que antes o después no conviene esa soledad, y sí la compañía de personas que valoren con justicia el texto. En definitiva, el texto de Gabriel Jiménez ayuda hasta donde puede ayudar. Ofrece (y ya es mucho) márgenes de verdad para que, luego, el que desea escribir compruebe si se adapta al oficio o si puede llegar a aprenderlo. Lo demás es ya una cuestión de voluntad y de suerte. No hay libro que explique eso.